

El Proyecto Moderno

Señor Decano de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo, colegas, amigos, estudiantes, señoras y señores.

Quisiera, ante todo, agradecer a la Universidad de Buenos Aires, en la persona del Profesor Florencio Escardó, por haberme conferido para esta ocasión, el alto honor de ocupar la Cátedra “Domingo Faustino Sarmiento”.

Es muy probable que durante mi charla se deslicen algunos italianismos. Les ruego, desde ya, disculparme. No es esnobismo, créanme. Es solo el problema de que durante 30 años he tenido pocas ocasiones de hablar mi propia lengua.

Me propongo tratar una cuestión muy debatida hoy internacionalmente: el “Proyecto Moderno”. Un tema que ha sido ampliamente desarrollado por Habermas, uno de los pensadores más fecundos de la Alemania Occidental.

El Proyecto Moderno, en el sentido que le ha otorgado Habermas, no debe ser confundido con las tendencias proyectuales que, en la arquitectura por ejemplo, se han adoptado –no siempre justificadamente– al agruparla bajo la etiqueta de Movimiento Moderno. El llamado Movimiento Moderno, como luego veremos, es una de las tantas expresiones del Proyecto Moderno, que tiene una acepción mucho más amplia.

El Proyecto Moderno, para decirlo en pocas palabras,

no es otra cosa que el proyecto democrático, proyecto que parte de la convicción de que una sociedad democrática no solo es deseable sino también factible; que una sociedad democrática, asegurando a sus miembros el pleno ejercicio de la libertad y de la justicia, así como la equidad en la distribución de la riqueza, puede abrir un proceso de emancipación respecto a los valores y a las creencias del pasado y contribuir a una transformación de la vida cotidiana de los hombres. Es una convicción que está presente en casi todo el itinerario formativo de la cultura occidental. Lo encontramos, en forma embrionaria y tímida, en personalidades como Bacon, como L'Abbé de Saint Pierre, como el gran Daniel Defoe, que treinta años antes de su Robinson Crusoe, había escrito el primer ensayo sobre la proyectación moderna en función de la sociedad. Y lo encontramos después en Montesquieu, en Diderot, y en el siglo XIX, en Baudelaire, en Whitman, en Marx, y más tarde en Freud. También la idea de Proyecto Moderno está en nuestro Sarmiento, gran modernizador, y obviamente en las vanguardias artístico-literarias, sobre todo en el Surrealismo, en el Constructivismo ruso y en la llamada Arquitectura Moderna. Asimismo es fuerte la presencia de las propuestas y de los programas relativos al Proyecto Moderno en figuras como Le Corbusier, Gropius y otros.

El Proyecto Moderno, desde ya, no ha sido realizado. El Proyecto Moderno ha tenido y tiene una gran influencia sobre la vida cotidiana de la gente hoy y en las grandes pasiones e ideales que mueven vastísimos sectores de la población de todos los países; no interesa si esta noción de Proyecto Moderno es consciente o no-consciente, pero es importante insistir en este argumento: el Proyecto Moderno como proyecto democrático, como proyecto de una sociedad avanzada, está todavía por realizarse y tiene naturalmente sus enemigos, que son también los enemigos de la democracia.

El Proyecto Moderno ha ejercido una influencia importante en dos grandes áreas de la vida contemporánea. Una, en la conciencia siempre mayor de los derechos civiles y los derechos humanos. Muchas de las con-

quistas que con trabajo y con dificultad, se han logrado abrir camino en el ámbito de los derechos civiles, se deben precisamente a ese ingrediente utópico que ha estado siempre presente en el Proyecto Moderno como elemento guía, propulsor, estimulador.

La otra área que ha tenido un impacto visible ha sido el mundo material, la realidad ambiental que nosotros vivimos, sobre todo debido a los efectos proyectuales en el ambiente construido, es decir, por los esfuerzos de la Arquitectura Moderna, de la arquitectura de nuestro tiempo.

Quiero analizar, y ése va a ser el esquema de enfoque de mi conferencia esta mañana, cuál es el estado de reflexión, en estas dos grandes áreas donde el Proyecto Moderno ha tenido un impacto claro e incisivo.

Empecemos a desarrollar las cuestiones relativas al impacto sobre los derechos civiles. Porque los derechos civiles se refieren principalmente a esa parte de la sociedad que no necesariamente aparece vinculada a las organizaciones, a las instituciones; es lo que Hegel llamaba “la sociedad civil”. Porque un proyecto democrático no puede tener en cuenta solamente al Estado, a las organizaciones estatales, las instituciones, las grandes organizaciones de partido, los sindicatos, la Iglesia, las fuerzas armadas, y a tantas otras presencias institucionales. Existe también y existe siempre cada vez más, la sociedad civil. Es decir, todo ese magma de movimientos, expresiones, y realidades que no se tratan en áreas institucionales. Y es precisamente en esa área de la sociedad civil donde el Proyecto Moderno ha comenzado a hacer sentir mayormente su influencia, haciéndose portador del mensaje de la lucha por los derechos civiles. Es su lucha ideológica, cultural, intelectual y también política por expandir el área de esos derechos. Son los derechos por la emancipación de la mujer, el derecho al divorcio, al aborto; el derecho a optar por comportamientos y conductas que no son las habitualmente consideradas normales, por ejemplo la homosexualidad, o también el derecho de vivir al margen de las instituciones;

por el derecho a la huelga autodisciplinada; por el derecho a la vivienda; por el derecho a la ciudad; por el derecho al trabajo; por el derecho a la libertad absoluta de culto; por la libertad de expresión; por el derecho a vivir en una naturaleza con un mínimo –al menos con un mínimo– de contaminación del aire y del agua y con un mínimo de erosión del suelo.

Es en torno a la lucha por estos derechos donde se percibe hoy internacionalmente, todo un mundo en movimiento, formaciones –tal vez provisionarias, no estables– pero con programas muy precisos. Es decir, el Proyecto Moderno se define a través de la lucha por estos derechos y veremos después cómo los ataques (por parte de la nueva derecha o de los neoconservadores) que se hacen al Proyecto Moderno, que es el proyecto democrático, precisamente se expresan como una oposición a todos esos derechos aquí postulados.

Pero como éstas son las propuestas nuevas de la cultura occidental y de la cultura política occidental y de la conciencia política occidental, son también grandes novedades. Es impensable la propuesta de todos esos derechos en sociedades preburguesas, o en la misma sociedad burguesa, que se caracterizaban en su primera fase por una gran tensión ideológica y positiva en relación al futuro de los hombres.

Por esas razones, es justificado decir que la lucha por esos derechos constituye un elemento fundamental de la modernidad. Podemos discutir sobre muchas otras cosas, pero una debe quedar clara: si esos derechos no pueden abrirse camino en los próximos treinta años, como ya han comenzado felizmente a hacerlo, habremos claudicado ante el proyecto de la sociedad moderna; habremos claudicado ante la modernización. Sin duda, existen también peligros que conocemos muy bien: la tentativa de identificar la modernización solamente con la europeización, o con la americanización, todavía peor. No. La modernidad de que estamos hablando es una modernidad que se basa en el ejercicio y en la lucha por esos derechos, es el gran pro-

grama de vuestra generación; el gran programa de la juventud, verdaderamente el gran proceso de emancipación moderna.

Después existe el otro gran impacto del Proyecto Moderno. El Proyecto Moderno tenía en su interior un elemento muy característico: su preocupación por cambiar la vida cotidiana y por cambiar las condiciones físicas de la vida cotidiana. Es en esa clara interpretación que nosotros debemos entender los orígenes del Movimiento Moderno de la arquitectura moderna. La arquitectura moderna ha sido ciertamente una revolución de estilo, de forma, de morfología. Pero la parte más importante ha sido precisamente su esfuerzo por abrir camino a un derecho a la vivienda, a la calidad de vida en la misma, en el área de la vivienda popular. No eran solamente propuestas estéticas o estetizantes, o formalistas, sino que era un gran esfuerzo, y ésta es una de las tesis sustentadas por muchos estudiosos, que la parte más importante es la propuesta de una transformación de la vida cotidiana de la gente. Y está allí el gran mensaje, el gran valor de la arquitectura moderna; no los palacios, los monumentos, para los privilegiados, sino la gran tentativa de cambiar, de modificar.

Naturalmente las cosas no han ido muy bien. Y si en el primer caso en el impacto del Proyecto Moderno, el proyecto democrático, sobre los derechos civiles, sobre la sociedad civil, mi posición es de una evaluación totalmente positiva, es evidente que este segundo impacto sobre el ambiente construido que ha tenido el Proyecto Moderno, ha pecado –diríamos– de una serie de errores, errores que es necesario reconocer. Pero esa autocrítica del Movimiento Moderno, de la arquitectura moderna, y también de la planificación urbana y territorial, debe ser hecha desde adentro y tratando de salvar el elemento fundamental de la arquitectura moderna que he indicado y subrayado antes. Porque evidentemente esa autocrítica no puede ser hecha –y menos todavía la crítica desde afuera– solamente siguiendo la vertiente o la línea de reflexión puramente formal, estilística. Tampoco puede ser hecha

tratando de hacernos ir en retroceso de la historia o proponiendo *revivals*, o proponiendo confusas ideas de retornos al pasado. Porque en ese momento, precisamente en “ese” momento, la tentativa crítica deja de ser una tentativa crítica a la arquitectura moderna para transformarse en una crítica al Proyecto Moderno, al proyecto democrático, al proyecto progresista de la condición humana; es decir, se comienzan a confundir las cartas sobre la mesa.

Por otra parte, las críticas que se deben hacer al Movimiento Moderno y a la arquitectura moderna deben ser hechas con rigor y con honestidad intelectual, no inventando un movimiento moderno que no existe para crear algo así como un espantapájaros en el cual se pueden descargar los revólveres desde todas las direcciones. No. No es ese el camino, no es el camino de la mistificación y del engaño.

Es necesario reconocer ante todo que el Movimiento Moderno es una noción que se utiliza por comodidad crítica e histórica, pero que el Movimiento Moderno en cuanto tal –debemos decirlo de una vez por todas–, como realidad homogénea, compacta, no ha existido nunca. Han existido una serie de tentativas diversificadas, tentativas orientadas y finalizadas hacia esa gran inquietud por transformar las bases materiales de la habitación humana. Ésa era la tentativa y eran diversos los puntos de vista: en el Movimiento Moderno podemos ubicar a un Alvar Aalto, tal vez un Wright; tenemos muchísima gente que ha seguido caminos con ciertos componentes que hoy quieren presentarse como novedad extraordinaria. Por otra parte, nunca se han hecho críticas más severas a la arquitectura moderna y a los efectos colaterales perversos que podría traer ésta, como entre los representantes del Movimiento o de la arquitectura moderna misma. Son las críticas, las grandes discusiones que han existido entre Hannes Meyer y Gropius en el seno del Bauhaus, donde Hannes Meyer ya denunciaba los peligros formalistas; las grandes, riquísimas discusiones de los arquitectos y urbanistas rusos al inicio de los años 20; los grandes debates contra el formalismo, contra

los peligros de un funcionalismo sin vuelo y que angostara o tratara de impedir una expansión de los mejores contenidos de la actividad humana.

Todo eso ha sido hecho, y mejor de lo que se está haciendo hoy, por los mismos protagonistas de la arquitectura moderna. Eso no impide que siguiendo esa línea de rigor –esa misma línea de rigor que aconsejo tener en este tema– no se reconozca que, efectivamente, en el contexto de la sociedad capitalista, la arquitectura moderna ha tenido grandes dificultades y no sólo grandes dificultades, sino que es en parte responsable de muchos efectos negativos, sobre todo cuando la arquitectura moderna se transforma en un consumo de masa guiada por los intereses de la especulación del suelo y de la especulación edilicia. Porque no es honesto responsabilizar a los arquitectos –solamente a ellos– olvidándose de que los arquitectos en realidad muchas veces han sido condicionados, y en algunos casos, presionados en su comportamiento por los grandes intereses especulativos que están en juego en la sociedad capitalista. Eso no impide, y tampoco justifica, la aparición –como decía antes– de una serie de fenómenos degenerativos en el ambiente construido.

Tenemos por ejemplo, el problema de los grandes conjuntos de vivienda de habitación popular; las realidades suburbanas con los grandes monobloques donde las condiciones de vida de la gente son insostenibles, donde algunas veces la tristeza y la alienación es tal, que no hay otra salida que la droga y el alcoholismo, donde existe la desesperación –sobre todo en la gente joven– de vivir en ambientes donde no hay la menor atención por los problemas comunicativos de relación social, donde no hay ninguna sensibilidad por el tejido social en el cual esas realidades, esos objetos, vienen a incorporarse. Muchos de estos monobloques, de estos conjuntos, han sido hechos absorbiendo o capitalizando experiencias y propuestas formales de la arquitectura moderna.

De ahí viene la sensación de que, en el fondo, todo lo que ha ocurrido de malo en el ambiente construi-

do es responsabilidad de los arquitectos modernos. Pero esa realidad existe, y eso debe ser un momento de auto-crítica: cómo, a pesar de los factores de influencias estructurales del capitalismo sobre la proyectación arquitectónica, hay una serie de problemas abiertos que se tendrán que analizar. Porque si nosotros queremos continuar creyendo en el Proyecto Moderno es necesario también afirmar nuestra convicción y nuestra fe en él, aun cuando tiene relación con el ambiente construido. Tenemos que salvar la modernidad del ambiente construido, pero eso a través de una autocrítica muy severa, una investigación, un análisis profundo, hondo, para saber dónde han estado los puntos débiles, vulnerables y por qué hemos podido ser utilizados tan fácilmente por las fuerzas de la especulación.

Este es un análisis que no puede ser encarado simplemente con categorías estilísticas, con un criterio de fachadas, o con ciertas astucias más o menos especulativas que giran en torno a la etiqueta de “posmodernismo”. No; los problemas son mucho más serios y la puesta en juego es enorme. Aquí están en juego la realidad del ambiente construido, los contenidos sociales del ambiente. Y les digo ahora, aquí, que hay responsabilidades muy concretas en un ambiente como el argentino, porque no es posible que ustedes se dejen confundir por ejercicios teóricos-estilísticos muy atractivos para grupos muy selectos y para “elites” de Milán o de Nueva York. Lo que me preocupa es que ocupados por asuntos que tal vez sean importantes en Milán o en Nueva York, se pierda el contacto con los reales, urgentísimos problemas de un país como éste que la dictadura ha transformado en un país en ruinas.

Estamos aquí, en la Facultad de Arquitectura de Buenos Aires, uno de los grandes centros de formación proyectual del país. Dejemos por un momento la palabra arquitectura, que es una gran palabra; hablemos de formación proyectual. No basta solamente, y lo veremos, la movilización técnico-científica: es necesaria una gran movilización, movilización de masa, de los potenciales proyectuales y creativos de nuestro país, y éste (esta Facultad) es

uno de los lugares. Pero para afrontar los grandes problemas que el país tiene, y que no son pocos, nosotros tenemos que superar esa visión demasiado optimista. Debemos asumir una posición de absoluta lucidez para ver estas ruinas en que está convertido el país, pero no para solazarse con las ruinas, sino para decir “¡qué mal nos ha ido! ¿qué podemos hacer?”, y para ver cómo es posible recomponer, reconstruir los fragmentos que queda de esa realidad. Esto no puede hacerse reflexionando sobre caprichos formales.

No me interpreten mal, no quiero decir que algunas controversias que hoy existen en el campo de la arquitectura, sobre la cultura arquitectónica, no deban ser objeto también de controversia entre ustedes. Yo creo que debemos aceptar ese pluralismo como lo aceptamos hoy y debemos aceptar siempre más, el pluralismo en la sociedad.

Estos son los dos grandes aspectos más visibles del Movimiento Moderno, del proyecto democrático: la contribución a la sociedad civil, a la lucha por los derechos civiles; y el reconocimiento de los problemas, los efectos colaterales, que ha traído el Movimiento Moderno, o la arquitectura moderna, como ustedes quieran llamarlo.

Hoy he hablado de movilización; es una palabra dramática, si ustedes quieren, casi también militar –que no está muy de moda–, pero es también popular. Estoy convencido, como les decía antes, de que es necesario encarar y propiciar por todos los medios una vastísima movilización técnico-científica masiva, porque creo que es una de las cosas más importantes. No les estoy hablando de algo que les es ajeno, porque también ustedes como proyectistas tienen que participar de esa gran movilización técnico-científica. Es necesario afrontarlo, porque la democracia, el Proyecto Moderno, necesita esa conciencia científica de masa. No que todos los hombres sean técnicos o científicos, pero es necesario, urgentísimo, si queremos avanzar en una democracia verdadera, guiada por el Proyecto Moderno, comprender que todos necesitamos llegar a una conciencia técnico-científica de masa, de todos.

El gran sociólogo americano Sowell decía que todos somos ignorantes, pero sobre cosas diversas; también hacía esa diferencia para el conocimiento individual y el conocimiento social (el conocimiento social es el resultado de la suma de todos los conocimientos individuales en una comunidad). Él señalaba, precisamente, que el conocimiento individual en la sociedad industrial, en la sociedad en que vivimos, es bajísimo, mientras es extraordinario, enorme, el conocimiento; el saber individual y el saber social tienen en nuestro contexto social una distancia enorme. Esto no era verdad para el hombre primitivo (los antropólogos tal vez se enojarán porque hablo del hombre primitivo, pero sirve para entendernos) que en contacto con la naturaleza tenía un enorme conocimiento individual, sabía descubrir los mensajes del calor, de la temperatura, de los árboles, sabía descifrar el mundo en que vivía, pero era paupérrimo desde el punto de vista del conocimiento social. Ahora, en nuestra sociedad, es necesario modificar esa situación de hecho, es necesario tratar de reforzar en lo posible el conocimiento individual, o la conciencia científica y técnica individual, para evitar ese delicado problema por el cual los hombres tienen que delegar a determinados miembros de la sociedad algunos saberes operativos. Es necesario entonces, si no hacer desaparecer porque es imposible, al menos disminuir la distancia entre conocimiento individual y conocimiento social. Muchas de las complicidades inconscientes populares con respecto a las cosas que ocurren en la sociedad actual, se deben precisamente a esa debilidad del conocimiento individual.

Naturalmente el conocimiento, el saber individual y el saber social presentan dificultades graves, difíciles de superar en relación a un enfoque del proyecto democrático y del Proyecto Moderno. Esas dificultades sobre todo se explican por el hecho de que el desarrollo de la sociedad en que vivimos –la sociedad industrial–, ha producido nuevos campos de apropiación de la información y del saber; y pienso oportuno no olvidar la vieja frase de Bacon de que conocimiento es poder, que “saber es poder”.

Pienso que es muy importante al mismo tiempo, prestar gran atención a cuáles son las grandes operaciones que se están desarrollando en nuestra sociedad para apropiarse del saber, de la información, del conocimiento. Ese gran resultado del matrimonio entre Informática y Telecomunicaciones que ha configurado a la Telemática, abriendo perspectivas extraordinarias para la comunicación humana y para la información. Pero al mismo tiempo, como se opera con bancos de datos, no hay que olvidarse que los “bancos” tienen “banqueros”, y que los banqueros están hoy en los Estados Unidos, sobre todo; es decir, el gran tejido de información, la nueva realidad informativa y comunicativa que va a pasar a través de la Telemática, a través de la Informática distribuida, todo ese conjunto, tiene un centro y la primera reacción a una realidad de este tipo es la conocida, la espontánea: la de cerrarse a ese mundo. Pero ese mundo tiene tal poder y tal incisividad que a nosotros no nos queda otro remedio que hacer como dicen los italianos *cavalcare la tigre*. “Hay que cabalgar al tigre”. En todas partes tenemos realidades de este tipo. Rechazar al tigre, creer que nosotros estamos en condiciones de encerrar al tigre en la jaula, es retrotraerse a la mentalidad de los primeros destructores de máquinas, en la primera fase de la Revolución Industrial.

No. La nueva táctica –y los italianos entienden de tácticas maquiavélicas en relación a la realidad– es cabalgar al tigre. Pero ahí hay también un problema de extraordinaria atención. Es evidente que la Informática y la Telemática (y estamos ahora hablando de información) van a tener un impacto poderoso sobre el área proyectual, sobre los asentamientos y los establecimientos humanos. No hay que olvidar que las realidades urbanas han emergido históricamente como grandes centros de trabajo. Donde se trabajaba nacían las ciudades, allí donde se comerciaba el producto del trabajo. Y ahora, es muy probable que el impacto de la Telemática, con la posibilidad del trabajo a domicilio, vaya a crear una nueva situación, inédita en la humanidad, en la cual habrá nueva redistribución de los equilibrios urbanos y

territoriales. Entonces, como vemos, el problema técnico-científico, se centra y establece contacto rápidamente con el problema de la movilización proyectual de masa.

Aquí estamos en el segundo argumento.

Creo que es necesario que esta temática de la movilización proyectual de masa, pase por una reforma de muchas estructuras hoy responsables de la formación proyectual.

He tenido durante estos días, en vuestra Facultad, una serie de reuniones, más o menos formales, sobre los problemas relativos a las reformas de esta casa de estudios. He visto y he podido constatar que hay un formidable fermento no solamente entre mis colegas docentes, sino también entre los estudiantes –o al menos entre los representantes de los estudiantes–, para afrontar seriamente los problemas relativos a llevar adelante reformas en esta Facultad. No creo que éste sea un problema secundario en la realidad nacional, porque éste es el centro, el eje portante –o portador– de la proyectación del ambiente físico, ambiental y territorial. Esta es la única realidad con que cuenta el país por el momento, y aquí, en esta Facultad. Por lo tanto la reflexión sobre una reforma, que pueda hacer más eficiente su función frente a las exigencias de reconstrucción del país, me parece que se sitúa precisamente en esta gran línea de reflexión que es la movilización proyectual, de masa, la movilización creativa. Para eso, yo creo que es necesario romper el aislamiento de la Facultad de Arquitectura.

Lo que significa sobre todo evitar –o reducir, si ustedes quieren– el costo social elevadísimo que implica para la comunidad y para el país formar una masa de arquitectos proyectistas que después no encuentren empleo. Este no es un problema teórico, éste es un problema que ustedes conocen exactamente, que las perspectivas de encontrar empleo son siempre menores. Esa línea tiene que ser modificada no solamente por el costo social que implica formar gente que después no es funcional en el ámbito para el que se ha preparado, sino también por

la injusticia que significa ofrecer ilusiones de cosas que después no se cumplen. Es crear frustrados. Y con frustrados no se hace un país nuevo, ni con frustrados se puede verdaderamente desarrollar la democracia. Es necesario que todos los egresados –dentro de la crisis económica– tengan una perspectiva de poder trabajar con dignidad y ser útiles a la sociedad.

Esa posibilidad pasa a través de dos tipos de reforma; una, que tienda a evitar el aislamiento, no solo en cuanto a la Facultad de Arquitectura como institución, sino también el aislamiento y la frustración de los que egresan de aquí. Otra es la necesidad de diversificar el interior de la Facultad de Arquitectura en una serie de orientaciones posibles; es decir que la Facultad de Arquitectura no forme solamente proyectistas, sino que también forme arquitectos que puedan desempeñar otras tareas que tengan más salida y más colocación en el mundo del trabajo.

Pero eso no basta. Es necesario también, siguiendo el viejo modelo del Bauhaus y de la Escuela alemana de Ulm –de la que yo he sido director– y que han tenido una gran influencia internacional sobre la Didáctica, tratar de crear nuevas carreras bajo el mismo techo de la Facultad de Arquitectura. Una carrera de Diseño Industrial, o mejor, de proyectación para la industria, que abarcaría desde el diseño de productos hasta el diseño y el proyecto de elementos y componentes para la prefabricación, producidos industrialmente; además, y ésa es una idea mucho más audaz que sólo vale por ahora como hipótesis, (en la cual yo personalmente creo por mi tradición de docente en el exterior donde lo he visto funcionar y sé que es correcto y justo hacerlo así), que es la de crear una gran carrera, además de la de Diseño Industrial: Comunicación de Masas, es decir una carrera en la cual exista la posibilidad de formar *regisseurs*, gente de televisión, de radio, de periodismo, de comunicación visual.

Y ustedes me dirán ¿qué tiene que ver eso con una Facultad de Arquitectura?. Cuando me dicen eso, les recuerdo que es ahí donde está el prejuicio del aislamiento de la idea de arquitectura. El área de arquitectura tendrá siempre en el futuro que ver con problemas comunicacionales e informativos, como ya les he dicho hablando de la Informática y de la Telemática. Todo el mundo se está transformando en un mundo de informaciones. ¿Cómo creen ustedes que el ambiente construido puede quedar fuera de las preocupaciones por la comunicación y la información? Cada vez más, las realidades se transforman en comunicación; cada vez más proyectar es manipular información, y eso vale para el Diseño Industrial, para la Arquitectura, para el Urbanismo, para la Planificación, para todo.

Los dejo con esta última idea que es nueva, para este país, pero tiene ya una larguísima tradición en el mundo. Relacionar comunicación y producción –los dos grandes sectores–: producción material y comunicación humana.

Personalmente, creo que esta idea junto a todos los problemas en los cuales están trabajando los colegas en la Facultad, deben ser estudiados. No digo que deben ser improvisados. Será necesario hacer análisis de factibilidad, porque hay que tratar siempre de pensar muy bien las cosas, cuando se tocan las organizaciones, pero que las organizaciones deben ser tocadas, y urgentemente, en esta Facultad, eso ninguno debe dudarlo.

Clase Magistral, dictada a raíz de la designación por parte de la Universidad de Buenos Aires a Tomás Maldonado como Profesor Honorario. Aula Magna de la Facultad de Arquitectura, Buenos Aires, 23 de agosto de 1984.